

## VIDA AGITADA, MUERTE CONDIGNA

**E**STAMOS en 1875.

Láquesis devana su ovillo todavía cuando escribe la educadora sus "Anales" de marzo; pero el 2 de abril, Atropos levanta su diestra armada con las tijeras horrendas. Doña Juana carece de método en sus comidas; deja, indiferente, que las substancias grasas le obsten el funcionamiento sin trabajo de los órganos y no pone coto al paladar. La apetencia disfrázale de manjares todos los productos de culinaria; no necesita la instancia clásica del castellano rancio para repetir el plato, según quería en Buenos Aires doña Agustina López Osornio, la madre de los veinte Ortiz de Rozas que por Juan Manuel pasaron a la historia. Confabúlanse cerebro y estómago para no dejarla salir de la cama. Requiere un médico, y como la voz arcana hablara el lenguaje de la intuición, dícele: "Doctor, no me engañe; conozco que voy a morir, quiero prepararme y dejar a mis hijas sin luchas de ninguna clase". El facultativo la disuade; mas ella duda. Sus hijas, los amados luminares de la "selva oscura" en que las fieras dantescas le convirtieron su existir, le captan todas sus potencias. Ambas son hermosas; a la par las educó en la nobleza del trabajo, mas sólo Eulalia posee condiciones para desempeñarse en la vida.

Buenas y cariñosas entre sí, no titubea en confiar la custodia de la menor a la mayorazga. Dispone de sus cortos bienes en testamento ológrafo. Próximos a

las pintorescas barrancas belgranenses posee unos solares adquiridos con esquilmos a la vestimenta y al mobiliaje doméstico salpimentados de suspiros, algo significan para dos jóvenes honestas, quizá esperanzadas en bodas con varones de bien que acrecienten la modesta hacienda. Poseerán, además, el derecho de propiedad sobre las novelas "La familia del Comendador", "Guerras civiles del Plata" o "Los misterios del Plata", sobre el drama ya aplaudido "El 25 de Mayo", sobre la "Historia de las Provincias Unidas" y el "Compendio" de la misma, cuya sexta edición acababa de ponerse en venta; sobre los "Anales de la Educación Común", que si no dejan ganancia material, devuelven al país, en calidad de ideas sanas, lo que en concepto de subsidio le acuerda el Estado anualmente.

Ahí quedan también libros de valía y un caudal de advertencias inapreciables para lo presente y lo porvenir en materia didáctica, en aspiraciones de cultura, en trazos de rutas para la mujer... Ahí están los muebles, sólidos y sencillos, que el peculio ceñido le permitió adquirir en una época de modestia para el magisterio, tras el cual no habían aprendido a refocilarse los vendedores a plazos... La cama la retiene con imán irresistible ante el cual la firmeza de su voluntad claudica. Encomienda la búsqueda y colectánea de los papeles de familia y, cuando sus ojos amortecidos y semi enterrados en el muro circular tumefacto que al crecer los disminuye, ven las partidas de nacimiento y de enlace, los manuscritos inéditos y reservados, los títulos de los solares, las notas de distinciones con que la habían reconocido sus talentos, el epistolario de personas inolvidadas, los retratos de cuantos abrieron surco en su corazón, los recuerdos caros que el cofre y la cómoda guardaron entre espliego y rosas secas (museo de amor, pinacoteca de afectos), ordena que los ate y conserve la mayorazga, que se mueve en el aposento como atontada, mientras deglute las lágrimas de su penar.

Una veintena de días lleva Juana padeciendo; el

hidropismo invalida toda acción terapéutica; el cuerpo acrece en volúmenes que no aplanan los recursos aplicados a su agotamiento.

Requerido, llega junto a la enferma el Reverendo Junor, para sacramentarla de acuerdo con el rito evangélico...; sin requerirlo acude también el sacerdote de la Concepción... Insistente exigencia por parte de éste y de oficiosas damas que vuelven y tornan, aguijan el corazón de Eulalia para que incite a la moribunda a retractarse; el vecindario comenta, la sociedad se escandaliza, los evangélicos murmuran, las hijas lloran, la enferma entra en el trance agónico; no cede.

El 24 de abril, viernes, amanece sin esperanza; ya no conoce; no se almuerza en el hogar; nadie osa desviarse del lecho donde aquel carácter bronceo, aquel cuerpo sin cansancio, aquella inteligencia amasada con luz, van subiendo a la barca donde Caronte aguarda con el remo listo y las amarras sueltas. A las cuatro de la tarde, Atropos apretó el pulgar homicida sobre la hoja afilada y el hilo de vida —el único que no admite empalmes— roto quedó, flotando en la eternidad...

Quien afirme que el golpe advertido y previsto causa menos dolor, haga distingos: éste de la pérdida de un sér muy amado, escapa en sus efectos a toda previsión y advertencia.

El vecindario de las calles próximas a Chile y Salta (No. 468 de la primera arteria entonces), desfila en torno del ataúd, llorando, por ese acto reflejo de simpatía que desata la vista del cuerpo yerto y de sus deudos afligidos. Allí están agobiados los sobrinos Caldentey; junto a ellos, los coparticipes de la pugna civilizadora de Juana y los cofrades en la religiosa; allí los Junor, allí los Faustino Jorge, allí los Negrotto, los Ryan, los Fromont... (57).

---

(57) Los diarios de la época, traen notas de extrañeza por la presión ejercida en el ánimo de la educadora en sus momentos postreros. "La Prensa" del 27 de abril (1875), comentando

De bruceles el espíritu de las hijas —las jóvenes Noronha—, desagua en lágrimas cuando los amigos y parientes cuchichean el contratiempo nuevo: la parroquia de la Concepción no accede a sepultar los restos de la apóstata en las necrópolis del Norte y del Oeste... Eulalia protesta; Herminia entonetece; ¿no hay un hueco en tierra argentina para la mujer que por mucho

---

el acto del entierro, efectuado el domingo 26, a las tres de la tarde, añade: "Una respetable persona que asistió, oyó referir allí, y en un discurso se hizo alusiones al caso, de un hecho que, a ser verdad, es gravísimo. Se trata de que antes de morir, le fueron a intimar a la señora Manso que se confesara porque de lo contrario no se le permitiría ser enterrada en el Cementerio del Norte ni en el de la Chacarita. Sabemos hasta el nombre del que fué a hacer esa intimación que iba a lastimar y agriar los últimos instantes de la señora Manso, pero lo reservamos hasta después. Es necesario que alguna persona de la familia o alguna que esté informada dé detalles al público, pues el hecho es muy grave y es menester poner un dique a su repetición". Y más adelante: "La señora Manso, sin conmoverse, señalándoles la Biblia que tenía a su lado, les informó que en el evangelio de Jesucristo había estudiado los principios en que descansaba su fe y que esa era incommovible".

En "La Ondina del Plata" (número 13, de mayo 2 de 1875) se dice, entre otros elogios para la Manso: "Ha muerto como santa cristiana: con la mano sobre la Biblia, sobre ese libro inmortal tan profanado por los malos ministros de Dios".

Como desagravio y homenaje, propició Junior en su discurso la idea de erigir un monumento a la memoria de la educadora. De inmediato adquirió cuerpo y desde Montevideo se manifiestan entusiastas colaboradores en la tarea de reunir fondos, no sólo para un monumento, sino para la erección de una escuela. El 30 de mayo, a las doce del día, hubo un acto público en el teatro de la Victoria, dedicado a exaltar la memoria de la maestra desaparecida.

Pero no prosperó la generosa empresa...

Los restos de Juana Manso, recogidos en una urna, dan lustre, desde 1915, al Panteón del Magisterio, en la Chacarita.

amarla fué víctima de su excesivo amor? Un extranjero, Junor, diligencia medios para que le ofrezca lecho la parcela puesta bajo los brazos de la cruz de Albión; detiéndose insepulto el féretro un día más... El domingo 26 —fecha que presidió el nacer y señorea el entierro de la heroica mujer—, al filo de las tres de la tarde, compacta muchedumbre de señoras y caballeros “vuelve el polvo” en el cementerio inglés, hoy desaparecido, del vértice de Alsina y Pichincha. Va en la comitiva, mustia y abatida, la prosista salteña Juana Manuela Gorriti, tan célebre en las letras americanas como en su doble infortunio, privado y público; ha llegado al acaso, y lleva en sus manos unas flores para esparcirlas en la tumba de una colega que tuvo el triste privilegio de ser, más que ella, predilecta del Dolor. Habíanse mandado páginas afectuosas, una y otra homónimas al tiempo de residir la salteña en tierras peruanas; ansiaban conocerse y hete ahí a la casualidad disponiendo el hallazgo en vísperas de la eterna despedida.

Sobre el “humus” fragante y revuelto, musitan palabras los que, de veras, fueron sus amigos: Fromont, Faustino Jorge, el Rdo. Junor, Ryan, Negrotto. Ninguna mención denuncia la presencia de Sarmiento, a pesar de hallarse ese día en la ciudad.

Mas no faltan, sin duda, entremezclados a quienes deploran la muerte de Juana, los que a su encuentro la empujaron veces repetidas, y acuden a cerciorarse de la veracidad.

Ha conservado la prensa el discurso de Junor, diatriba confesional en la mayoría de su texto y angustiada protesta por la incomprensión en que la educadora vivió. “Pero la noche que envuelve a la patria pasará y el sol de justicia evongélica ha de brillar en día no lejano sobre esa tumba y hará conmoverse de gozo estos huesos”, profetiza.

¿Qué fué de su herencia de carne y de su heredad espiritual?

De aquella han llegado hasta poco ha, breves noticias.

Constituyeron la primera sus dos hijas. De Eulalia dicen viejecitas actuales (discípulas de ella en su niñez), que dirigió por los años de 1875 (58) la escuela graduada de la calle Perú, entre las de Independencia y Estados Unidos, casa más próxima a la precedente que a la segunda. El edificio, que mira al levante, y existe aún, tiene dos plantas, una de las cuales, la baja, se arrendaba por el Departamento para la citada. Cariñosa con la niñez, la mayorazga de Juana Manso prefería dar enseñanza en los grados infantiles. Conservan recuerdos amables del sistema disciplinario, impuesto entre admoniciones maternas, alguna severa amenaza... y un caramelito extraído de la honda faltriquera —de donde por arte mágica manaba siempre la dulce golosina inagotable—, para desterrar amargores de boca. Toda la fama de extravagante que le acarrearán sus trajes —uso y abuso de la “garibaldina” roja, armada en géneros de grueso paño invernizo o transparente lino

---

(58) Las señoras María Lezica de Gómez y Adela Brezzo, lo afirman. Además, el semanario “La Ondina del Plata”, que dirigía Luis Telmo Pintos —con cuya hermana y colaboradora doña Anita Pintos hemos hablado repetidas veces de este y otros puntos—, anunciaba en el No. 44 (diciembre 12 de 1875) que, ante numerosa concurrencia, habíanse celebrado los exámenes anuales de la Escuela Graduada “que dirige la distinguida señorita Eulalia Noronha Manso”, con un resultado “que no ha podido ser más espléndido”. La misma revista inserta el 21 de diciembre del año siguiente, 1876, otro elogio a Eulalia “por el éxito brillante de los exámenes de su escuela sobre temas de aritmética, gramática, geometría, lecciones sobre objetos, botánica, zoología, anatomía, geografía, fisiología, lectura, historia argentina, noticias de los educacionistas argentinos, Constitución de la Provincia de Buenos Aires, recitada, canto, escritura (cuadernos y planas), dibujo a lápiz, pluma y colorido; dictado y composición”.

veraniego sobre un corsé divorciado de todo justillo interior—, la fama de gritona en visita, porque hablaba forzando la voz mientras accionaba con manos, hombros y busto; la fama de atolondrada —por la volubilidad en el hablar—, quedábanse de umbral afuera cuando penetraba en las aulas y hacía partícipe a las pequeñas de un cariño y una paciencia capaces de asegurar en el corazón fe en las dulzuras de la vida sencilla y honesta.

Hubo alguien —ese alguien policéfalo, multilingüe y anónimo que se desliza bajo los aledaños sociales— que la sospechara mulata, por lo combo de las formas, la hechura del rostro y, señaladamente, por la menudencia “angola” de los rizos; pero el color castaño de ellos, la blancura europea de la epidermis, lo ovalado de los oscuros ojos, desmentían el aserto.

Guarda en su cripta sentimental —no obstante la chispa de alegría que brota del fondo de su naturaleza— entrañable amor a su madre, cuyo deceso le enturbia las horas. En cuanta oportunidad halla, inculca veneración por ella. La describe, emocionada, bajo el halo de su corto cabello argentado estiradísimo hacia la nuca, huidizo del amplio frontal y de la oreja firme limpia de zarcillos; pinta el busto ajustado en la chaqueta, máscula en los bolsillitos de pecho, de uno de los cuales asomaba el ángulo del pañuelo, y en los de ambon costados, la convexidad de las guarecidas manos regordetas que traen la prenda hacia adelante, llena de fervor resuelto como una profetisa o tocada de virtud catequística a lo evangelista.

Cierta vez, la cariñosa hija formó en hilera doble a las discípulas exaltadas con su palabra y, a paso militar, llevólas junto a la fosa del camposanto para que aprendieran el camino a la morada última de la primera mujer argentina que, en bien de la Mujer Argentina padeciera, como por la salvación humana los grandes místicos. La peregrinación se repetía en la fecha anual

del deceso y, en compañía de Herminia, cada vez que las tribulaciones azotaban sus ánimos.

Duchos los consejeros escolares en artimañas (el cargo perturba por lo visto a cuantos a él llegan, sean o no maestros y políticos militantes), arreglan una para excusar el descenso de categoría en el establecimiento de la calle Perú, y, de la noche a la mañana, despachan a otra parte a las niñas de los grados superiores, distribuyen personal docente, y disminuyen dietas a la señorita Noronha y Manso. No valen razones en defensa: la directora es hija de Juana Manso la de fama contradictoria (grave mal); es empeñosa en cumplir (pecado imperdonable); dirige los "Anales", subvencionados aún (hecho que levanta revuelo...) ¿Qué aprovechó el resultado advertido en la instrucción de las educandas, el gusto que puso en desarrollar la sensibilidad de las mismas pulsando con maestría el armonio para enseñarlas a entonar; los coros disciplinados durante las fiestas, ni el auxilio de la rubia Herminia, la excelente pianista? Ni la crítica violenta de los vecinos, pudo aclarar las nébulas en que se movieron las inquinas de los funcionarios indiscretos.

Arrimaditas una a otra, las dos hijas de Juana Manso lloran otra vez a la ausente, perseguida en ellas; ¿dónde hallar justicia y consuelo? Allí está, para el caso, la herencia espiritual de la madre; en ella recibirán ejemplo y ánimos.

Eulalia guarda entre los papeles el tesoro de un cuaderno manuscrito que, hasta entonces, nadie vió sino la autora y la destinataria. Es el relato sencillo, patético de las estrecheces, dolores, desesperanzas, padecidos antes y después de su advenimiento en Estados Unidos: releyéndolo, porque le está dedicado, parécele llevadera su propia desazón. Hojea también las entregas de los Anales repasando el epistolario materno —estallido de su corazón— y, en verdad, es junto a dichos recuerdos, mínimo el episodio acaecido.

Secos al fin los ojos, entrégase a laborar de nuevo.



Ciento setenta pesos goza la revista mensualmente; casi abastecen las demandas de la impresión; la directora no ambiciona ya sino mantener dicha tan cara a la desaparecida.

Devana el tiempo seis madejas, en cuyos estambres va destiniéndose la viveza de los matices agrios de la primera hora.

Don Guillermo D. Junor, el amigo inalterable que había puesto en movimiento la idea de rendir homenaje imperecedero a la educadora insigne, continúa trabajando en ella. Diósele principio de forma concreta en Montevideo, donde el jefe o presidente de la Dirección general de Justicia Pública, don Jacobo A. Varela, reúne algún dinero. Dejades, no olvido, suspende actividades hasta que, sacudida aquella, viene lo colectado a Buenos Aires.

El 25 de agosto de 1881, congregados al medio día en casa de Sarmiento los señores Jacinto Susviela, Manuel Mayer, Augusto Krause, A. J. Ballester y Guillermo Junor, se reorganiza la junta, leyendo el testimonio de simpatía de la señora Dorotea Pechieu, señores Alvaro Barros, Faustino Jorge, Carlos Encina y Luciano Choquet. Nombran presidente al que lo fué de la República, vice honorario al señor Varela, secretario a Junor y tesorero a Ballester. A los 253.23 pesos oro de la otra banda, únense 7625 moneda corriente (381.20 fuertes).

Discutida y rechazada la propuesta de la señora de Pechieu en apoyo de la erección de un monumento, conviéndose en fomentar el amor por la lectura en alta voz mediante el ofrecimiento de premios. El anuncio circuló en seguida con este rubro: "Premio Juana Manso - A la niña o señora que mejor lea en un concurso anual un trozo que será de antemano designado, y otro que se le designará en el acto por la comisión nombrada al efecto". El primero llegaría a mil pesos m. corriente (50 fuertes), el segundo a quinientos m. corriente (25 fuertes). Intervino como jurado Eulalia. Celebróse el

certamen (ver, Sarmiento, vol. 28, pág. 379), el 30 de julio de 1882, ante damas delegadas de la Sociedad de Beneficencia y público numeroso. Refiriéndose expresamente a ella, dice don Domingo Faustino: "La señorita Manso (Eulalia Noronha) debe, por estatuto, entregar el premio a la laureada. Fué la escena conmovedora. Habló dirigiéndose a la imagen de su madre, la apostrofó como una hija solo puede hacerlo, y el espectáculo y la comisión la hicieron patéticamente elocuente". (Vol. XLVI, pág. 197).

Sueltos de periódicos brasileños, traen a las hijas de Juana, la nueva de la muerte del padre, acaecida en el abandono y la pobreza que lo maltrataron durante sus residencias en Río de Janeiro, a fines de 1881. Las huérfanas, privadas ya de toda ligadura filial, rehuendo las consecuencias de una soledad dolorosa si alguna de ellas marchase, aceptan lazos matrimoniales.

Eulalia casa en Córdoba, con el joven José María López, maestro de escuela, que adquiere más tarde el título de abogado. La pareja se avecinda en Buenos Aires, y muy luego en el próximo pueblo de Avellaneda (Barracas al Sur) por motivos profesionales de mujer y marido, en los que influyó la definitiva capitalidad del distrito federal y el apartado de jurisdicciones del departamento de escuelas.

Caracteres opuestos, ausencia de niños que amarrasen voluntades y disciplinaran obligaciones (pues Eulalia quedó inutilizada para la maternidad en el primer amago que la cirujía vióse en el caso de cercenar), divide a los esposos.

Herminia contrajo nupcias con el violinista uruguayo Reissig.

El infortunio materno se reproduce en ella en menos lapso: Reissig halla poco atractiva la existencia junto a una mujer sin más patrimonio que su fría hermosura física, ya acentuada la amnesia padecida desde la pubertad, y huye de su lado para siempre... como Noronha tras la aventura volandera. Vive la bella so-

litaria consumiendo la insignificancia legada por la madre y con algún apoyo de Eulalia; mas pronto, en conocimiento de la muerte del fugitivo, empobrecida, sin salud, manos fraternas piden para ella una pensión en julio de 1899.

El Congreso Nacional, en sesión de 30 de septiembre del mismo año, otorga una serie de pensiones gratificables; de 100 pesos a la hija de un sargento, viuda; de 65 a cada una de las dos hijas solteras de un coronel; de 75 a cada una de las dos nietas de otro coronel; de 70 a otra nieta de militar; de 200 a una señorita de padre y abuelo coroneles; se aumenta a 300 la que desde 1874 disfruta otra, y, al fin, concédensele 50 pesos a Herminia Noronha y Manso de Reissig por ser, como dice el señor diputado informante Morel, "hija de la distinguida educacionista doña Juana Manso, compañera de Sarmiento en la obra de la educación" (Diario de Sesiones).

El Estado no tuvo que sentir el escozor de este desagüe mucho tiempo. . .

Eulalia, que llegó a jubilarse, retírase a La Plata, a vivir con la hermana de su madre, doña Isabel Manso, viuda de Caldentey, y de su prima, doña Delfina Caldentey de Pereyra. Ocupan una casa en la calle 49 entre las de 13 y 14 en la cual fallece la anciana Isabel el 1.º de septiembre de 1910; y poco después, Delfina.

Eulalia busca otra vez quien por ella mire: está seriamente enferma, padece una dolencia renal, tiene 65 años, le va faltando la agudeza de la visión, se ausenta de su humor la serenidad.

Conserva algunas amigas cariñosas que la acompañan; no recurre a los primos, dispersos por las provincias; Herminia, aunque se halla junto a ella, poco puede auxiliarla.

Y pasaron, a no mucho andar las dos hermanas en épocas próximas, a la disgregación eterna, esfumando

así, en el espacio la única sustancia directa plasmada en el crisol de la insigne educadora.

Entre la numerosa prole de Isabel Manso —dícese que llevaron el apellido Caldentey veintidós vástagos— alcanzaron vida que sobrepasó la juventud, Isabel, Sofía, Aurora, Delfina, Eloisa, Rodolfo, Laurentino y Aristides. Los demás han ido desapareciendo por natural manera; pero Aristides, se arrojó al Maldonado durante una arriada en un ataque de desesperación.

Cuando se trazan estas líneas, gozan vida Sofía, casada con Fernández Gómez, venerable dama que se ve rodeada de aprecio; Aurora, señora de Sousa, madre de nuestra amiga, bella e inteligente Isabel Sousa Caldentey de Isla, vecindada en Tolosa (La Plata).

Pero no obstante la extinción de la rama directa de Juana Manso, más que nunca está gravitando en la sociedad argentina, su espíritu, porque fué precursora —de ahí haberla combatido sin tregua la copiosa masa anónima que se creyó amenazada en su inercia y apoltronamiento— de los cuatro puntos sustentadores de las modernas aspiraciones rioplatenses y universales: la asunción por la mujer de su dignidad social como usufructuaria de todos los derechos humanos; el concepto de facilitar el aprendizaje mediante progresiva evolución de los métodos de enseñanza; la preparación eficaz de mujeres y hombres para adquirir instrumentos de sostén honroso; educación de la sensibilidad en el pueblo mediante la práctica de la lectura artística y otras formas de las bellas artes.

Cabe preguntar: desde Méjico a la Patagonia, ¿hubo en sus años otro talento qu al suyo superase en comprender las fallas de sus contemporáneos y en arbitrar factores que encauzaran a los hombres del porvenir?